las situaciones de angustia, incertidumbre, dolor y desamparo que, desde hace ya dos años, se han adueñado de nuestras vidas. Debido a ello, numerosos autores han visto alimentada su hambre creativa y han contribuido también a saciar el hambre de publicar de muchas editoriales. Para no hacer interminable la lista, citaré sólo aquellos **libros de poetas ciudadrealeños que han sido editados en 2021**, con sus autores ordenados por la fecha de nacimiento:

Devorador de almas, de Diana Rodrigo (1978), *Yo, tú, ello*, de Juana Marín (1976), *Vivir cada día*, de Luis Díaz-Cacho (1963), *Pinceladas*, de M^a Antonia Piqueras (1961) *La boca vacía* de Maurizio Coccolo, de Chema Fabero (1960), *Territorios*, de Alfredo J. Sánchez (1959), *Todo lo que hiere*, de Francisco Gómez-Porro (1958), *El libro de los olores*, de Cristóbal de López de la Manzanara (1958), *Los otros*, de José Luis Morales (1955), *Con nombre propio*, de Presentación Pérez (1954), *Madre*, de Manuel Juliá (1954), *Primavera tardía*, de Amador Palacios (1954), *Jardín botánico*, de Federico Gallego Ripoll (1953), *Los pecios del naufragio*, de Eloísa Pardo Castro (1953), *Aliento*, de Alfonso González-Calero (1951), *Ceuta bella*, de Isabel Villalta (1951), *Desde este silencio que habito*, de Teresa Sánchez Laguna (1949), *...Y el corazón que dicte el testamento*, de Santiago Romero de Ávila (1948), *Aquí y En donde resistimos*, de Francisco Caro (1947), *Miscelánea de Ausencias*, de Román Serrano López (?) ...

Como puede comprobarse, **el año ha sido extraordinariamente prolífico para la lírica manchega**, que ha dejado en nuestros anaqueles un fruto -bastante maduro- en forma de libros de muy diferentes estilos, tendencias y texturas. Observamos que se trata de **poetas bien entrados en años** -la mayoría sexagenarios- algunos de ellos con una larga trayectoria bibliográfica, otros incorporados al mundillo lírico más

recientemente y en sentido estricto nuevos, aunque **no jóvenes**.

Naturalmente, **la poesía no tiene edad**, como tampoco tiene sexo. Los adjetivos 'joven' o 'viejo' no son aplicables a la poesía sino, en todo caso, a quienes la escriben. Tan dignos de admiración resultan autores como Claudio Rodríguez o Carlos Sahagún (que publicaron sus primeros libros a los 18 años), como Gerardo Diego o V. Aleixandre, que siguieron escribiendo y publicando en su más fructífera senectud. De semejante tensión entre las musas juveniles y las musas provecas ya hablé por extenso en el primer capítulo de ***La musa a la deriva***, y a él me remito.

Las fechas de nacimiento de la veintena de autores citados anteriormente son muy reveladoras y nos llevan a una inevitable conclusión: que **la poesía ciudadrealeña se encuentra un tanto envejecida**, y no se atisba en el horizonte lírico inmediato ninguna promoción llamada a protagonizar un recambio generacional. Los más jóvenes parecen haber dado la espalda a la poesía, al menos en el ámbito de la letra impresa. Y eso vuelve a plantearnos nuevas dudas y nuevas reflexiones: por ejemplo, que **tal vez sería aconsejable una amplia labor de promoción de la poesía entre los jóvenes**, pues son los únicos capaces de mantener viva su llama en el futuro. Que quizás también deberíamos **revisar los métodos de enseñanza de la Literatura en los programas docentes**, que cada vez son más raquíticos y elementales. Y que quizás deberíamos **fomentar la lectura de la poesía en los colegios, institutos, universidades, bibliotecas...** Deberíamos hacer todo eso y mucho más, si no queremos que la poesía se convierta (y va camino de ello) en un patrimonio exclusivo de recitadores y rapsodas, en un juglaresco espectáculo de artistero y farándula o, peor aún, en un entretenimiento de jubilados y de viejos.

En ABC Toledo y CLM; 13-I-2022